

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

LA PRIMERA SOCIEDAD DE SOULANGES

A seis kilómetros de Blangy, para hablar legalmente, y á una distancia igual de la Ville-aux-Fayes, se eleva en forma de anfiteatro sobre un montículo, ramificación de la cordillera paralela á aquella en cuya falda corre el Avonne, el pueblecito de Soulanges, denominado *el Bonito*, sin duda alguna con más justicia que Mantes.

En la falda de esta colina, corre el Thune sobre un fondo de arcilla de una extensión de unas treinta hectáreas, en cuyo extremo los molinos de Soulanges, establecidos sobre numerosos islotes, forman un paisaje tan bonito como el que pudiese inventar un pintor de jardines. Después de haber regado el parque de Soulanges, sirviendo de alimento á hermosos ríos y á lagos artificiales, el Thune desemboca en el Avonne por medio de un magnífico canal.

El castillo de Soulanges, construido en tiempo de Luis XIV, según los dibujos de Mansart, y uno de los más hermosos de Borgoña, está situado enfrente del pueblo. Así es que Soulanges y el castillo se ofrecen respectivamente unas vistas tan espléndidas como elegantes. El camino vecinal serpentea entre el pueblo y el estanque, llamado pomposamente el lago de Soulanges por las gentes del país.

Este pueblecito es una de esas composiciones naturales excesivamente raras en Francia, en donde lo bonito, en

este género, falta en absoluto. En efecto, allí encontraríais lo bonito de Suiza, como decía Blondet en su carta, y lo bonito de los alrededores de Neuchatel. Los alegres viñedos que rodean á Soulanges, completan esta semejanza, sin tener en cuenta, en todo caso, el Jura y los Alpes; las calles, superpuestas unas á otras en la colina, tienen pocas casas, pues todas van acompañadas de extensas huertas, que producen esas masas de verdura tan escasa en las capitales. Los tejados azules ó rojos, mezclados con flores, con árboles, con azoteas, con parras, ofrecen perspectivas variadas y llenas de armonía.

La iglesia, una vieja iglesia de la Edad media, construída con piedra, gracias á las larguezas de los señores de Soulanges, que se han reservado una capilla al lado del coro y otra subterránea, subnecrópolis, ofrece por portada, como la de Lonjumeau, una inmensa arcada, franjeada de círculos provistos de estatuitas y flanqueada por dos pilares con urnas, terminados en obelisco. Esta puerta, que acostumbra á verse mucho en las pequeñas iglesias de la Edad media y que la casualidad ha preservado de los estragos del calvinismo, está coronada por un triglifo, sobre el cual se levanta la escultura de una virgen con el niño Jesús. La parte baja de los lados se compone en el exterior de cinco arcadas, dibujadas en molduras y provistas de ventanas con vidrios. La parte exterior del coro de la iglesia se apoya en dos arbotantes dignos de una catedral. El campanario es una torre cuadrada provista de una campanilla. Esta iglesia se ve de lejos, porque está en la parte más elevada de la gran plaza, bajo la cual pasa la carretera.

La plaza, bastante ancha, está adornada de construcciones originales, todas de diversas épocas. Muchas, mitad madera, mitad ladrillo, y cuyas vigas soportan tejados de pizarra, se remontan á la Edad media. Otras, construídas con piedra y provistas de balcones, muestran aquellas construcciones tan caras á nuestros abuelos y que datan del siglo XII. Algunas atraen la mirada por sus viejas vigas salientes y de grotescas figuras, cuyo saliente forma un alero, y que recuerdan el tiempo en que los habitantes eran únicamente comerciantes. La más magnífica es la antigua bailía, casa con fachada esculpida y formando línea con la iglesia, á la que acompaña admirablemente. Vendida nacionalmente, fué comprada por el ayuntamiento, que ins-

taló allí la alcaldía y el juzgado de paz, en donde reinaba el señor Sarcus, desde el principio de esta institución.

Este ligero croquis permite entrever la plaza de Soulanges, cuyo centro estaba adornado por una magnífica fuente traída de Italia en 1820, por el mariscal de Soulanges, y que no deshonraría á una gran capital. Un chorro de agua perpetuo, que provenía de un manantial situado en lo alto de la colina, es distribuido por cuatro Amores de mármol blanco, que sostienen unas conchas y que están coronados por canastillas llenas de racimos.

Los viajeros instruidos que pasen por allí, si por casualidad llegase á pasar alguno después de Blondet, podrán reconocer aquella plaza ilustrada por Molière y por el teatro Español, que tanto tiempo reinó en las tablas francesas, y que demostrará siempre que la comedia ha nacido en los países cálidos, que es donde se hace la vida en la plaza pública. La plaza de Soulanges recuerda tanto mejor á esta plaza clásica y semejante siempre á sí misma en todos los teatros, por cuanto que las dos primeras calles, cortándola precisamente á la altura de la fuente, figuran aquellos bastidores tan necesarios á los señores y á los criados para encontrarse ó para huir. En la esquina de una de estas calles, que se llama la calle de la Fuente, brillan las banderolas de maese Lupin. La casa Sarcus, la casa del maestro Guerbet, la de Brunet, la casa de Gourdon y la de su hermano el médico, la del viejo señor Gendrin-Vattebled, guarda general de los bosques, estas casas, que mantienen muy limpias sus propietarios, tomando en serio el sobrenombre de su pueblo, tienen su asiento en los alrededores de la plaza, barrio aristocrático de Soulanges.

La casa de la señora Soudry, pues la poderosa individualidad de la antigua camarera de la señorita Laguerre había absorbido al jefe de la familia; esta casa, completamente moderna, había sido construída por un rico tabernero nacido en Soulanges, el cual, después de haber hecho su fortuna en París, volvió en 1793 á comprar trigo á su pueblo natal. Allí fué degollado como acaparador por el populacho amotinado al grito de un miserable albañil, con el cual tuvo una cuestión con motivo de la construcción de su ambiciosa vivienda.

La liquidación de esta herencia, vivamente discutida entre los colaterales, marchó tan bien, que en 1798, Sou-

dry, de vuelta en Soulanges, pudo comprar por mil escudos en especies el palacio del tabernero, y se lo alquiló en un principio al concejo, como cuartel para la gendarmería. En 1811, la señorita Cochet, á la que Soudry consultaba todo, se opuso vivamente á que continuase el arriendo, pretextando que su condición de cuartel acabaría por hacerla inhabitable. El pueblo de Soulanges, ayudado por el concejo, construyó entonces un cuartel para la gendarmería en una de las calles contiguas á la alcaldía. El cabo limpió su casa y la restituyó el lustre primitivo que había perdido con el uso que habían hecho de ella los gendarmes.

Esta casa, de un solo piso y con buhardilla, tiene luces por tres fachadas, una que da á la plaza, otra al lago, y la tercera á una huerta. La cuarta fachada da á un patio que separa á los Soudry de la casa vecina, ocupada por un abacero llamado Wattedled, padre de la hermosa señora Plis-soud, de la cual nos ocuparemos en seguida.

Todos los pueblecitos tienen una señora hermosa, lo mismo que un Socquard y un café de la Paz.

Todos adivinarán que la fachada que da al lago está provista de un terrado de mediana elevación, terminado con balaustres de piedra y que costea el camino vecinal. De este terrado se baja al jardín por medio de una escalerita, en cada uno de cuyos peldaños se ve un naranjo, un granado, un mirto y otros árboles de adorno, que necesitan al extremo del jardín un invernadero. Por la parte de la plaza se entra á la casa por medio de una gradería de algunos escalones. Según la costumbre de los pueblos, la puerta cochera, reservada para el servicio del caballo del amo y para los coches de visitas extraordinarias, se abre muy rara vez. Las visitas más frecuentes, que iban todas á pie, entraban por la gradería.

El estilo del palacio Soudry es seco; las hileras de piedra de sillería labrada, no tienen apenas adornos; las ventanas están encuadradas por molduras muy sencillas del mismo género que las de los pabellones Gabriel y Perronnet de la plaza de Luis XV. En un pueblo tan pequeño, estos adornos dan un aspecto monumental á aquella casa que se ha hecho célebre.

Enfrente, en el otro ángulo de la plaza, se encuentra el famoso café de la Paz, cuyas particularidades y el afamado

Tivoli sobre todo, exigirán más tarde descripciones menos sucintas que las de la casa Soudry.

Rigou iba muy rara vez á Soulanges, pues le temian tanto, que todo el mundo iba á visitarle á su casa: lo mismo el notario Lupin que Gendrin, Soudry que Gaubertin. Pero por el boceto necesario aquí de las personas de quien se decía en el país: «Es la *primera sociedad* de Soulanges», se comprenderá que todo hombre instruido, como era el benedictino, hubiese imitado la reserva de Rigou.

De todas estas figuras, la más original, ya lo presentaréis, era la señora de Soudry, cuya personalidad, para ser bien retratada, exige todos los detalles del pincel.

La señora de Soudry se permitía darse un color que quería ser rojo á imitación de la señorita Laguerre; pero este ligero tinte se había cambiado, por la fuerza de la costumbre, en placas de vermellón, tan pintorescamente llamadas ruedas de carroza por nuestros antepasados. Como las arrugas de la cara se hiciesen cada vez más profundas, la alcaldesa había discurrido cubrirlas con un afeite. Como su frente empezase á ponerse amarilla y sus sienas lustrosas, se las pintaba de blanco, y representaba las venas de la juventud con ligeras rayas de azul. Esta pintura daba una excesiva vivacidad á sus ojos picarescos ya de por sí, de modo que su máscara hubiese parecido mucho más rara á los que no la conociesen; pero, acostumbrada á aquel brillo postizo, su sociedad encontraba á la señora Soudry muy hermosa.

Esta mujerona, siempre escotada, enseñaba su espalda y su pecho pintados y barnizados una y otro por los mismos procedimientos empleados para la cara; pero, felizmente, bajo pretexto de lucir magníficos encajes, velaba á medias sus productos químicos. Llevaba siempre una falda con ballenas, en las que rozaban tanto la seda y los falbalás, que producían sonidos chillones.

Esta vestimenta, que justifica la palabra *adornos*, inexplicable de pronto, era de damasco de gran precio aquella tarde, pues la señora Soudry poseía cien vestidos á cual más rico, que provenían todos de la inmensa y espléndida guardarropa de la señorita Laguerre, y que habían sido arreglados todos á la moda de 1808. Los cabellos de su peluca rubia, rizados y empolvados, parecían empujar á su soberbio gorro de satín rojo cereza, semejante á las cintas que lo adornaban.

Si queréis figuraros, bajo este gorro ultracoquetón, una cara de macaco de una fealdad monstruosa, cuya nariz roma, descarnada como la de la Muerte, está separada por un ancho margen de carne velluda, de una boca con dentadura postiza, por donde salen los sonidos como á través de cuernos de caza, comprenderéis difícilmente porque toda la sociedad del pueblo y todo Soulanges, en una palabra, encontraba bella á aquella casi reina, á menos que no recordéis el suscito tratado *ex profeso*, que una de las mujeres más espirituales de nuestra época ha escrito recientemente sobre el arte de embellecerse en París por medio de ciertos accesorios especiales.

En efecto, en primer lugar, la señora de Soudry vivía en medio de los dones magníficos amontonado en casa de su ama, y á los que el ex benedictino daba el nombre de *fructus belli*. Después sacaba partido de su fealdad exagerándola, y dándose aquel aire y aquellos modales que se adquieren en París y cuyo secreto pertenece á la parisiense más vulgar, que es siempre más ó menos bonita. Se apretaba mucho, se daba mucho tono, llevaba pendientes de diamantes en las orejas, y sus dedos estaban cargados de anillos. Finalmente, en la parte superior de su corsé, entre dos fondos blanco y perla, brillaba un grillo formado por dos topacios y con cabeza de diamante, un regalo de su querida señora, de quien se hablaba en todo el distrito. Lo mismo que su difunta señora, llevaba siempre los brazos desnudos y agitaba un abanico de marfil pintado por Boucher, y al cual servían de botones dos rosetas.

Cuando salía, la señora Soudry llevaba sobre su cabeza el verdadero quitasol del siglo diez y ocho, es decir, una varilla, en cuya punta se abría una sombrilla verde con franjas verdes más oscuras. Encima de la azotea, cuando se paseaba por allí, un pasajero, mirándola de lejos, hubiese creído ver andar á algunos de los personajes de Watteau.

En su salón, tapizado de damasco rojo, con cortinas de damasco también, forradas de seda blanca, y cuya chimenea estaba adornada con objetos chinescos del buen tiempo de Luis XV, con fuego, galerías, ramas de lis elevadas por amores; en este salón, lleno de muebles de madera dorada, se concebía que la gente de Soulanges pudiese decir de la señora de la casa: «¡Qué hermosa es la señora Soudry!» De

modo que el palacio había pasado á ser la preocupación nacional de esta cabeza de partido.

Si la primera sociedad de aquel pueblecito creía en su reina, su reina creía igualmente en sí propia. Por un fenómeno que no es raro, y que la vanidad de madre y la vanidad de autor llevan á cabo á cada paso á nuestros ojos, tanto para las obras literarias como para las hijas casaderas, en siete años la Cochet se había posesionado de tal modo de su título de señora alcaldesa, que no solamente la Soudry olvidaba su primera condición, sino que, además, creía ser una mujer distinguida. Recordaba tan bien los movimientos de cabeza, la voz de fasete, los gestos y los ademanes de su ama, que al posesionarse de una existencia opulenta, se había posesionado también de la impertinencia. Conocía el siglo XVIII, las anécdotas de los grandes señores y sus parentescos, por las puntas de los dedos. Esta erudición de guardarropía le daba una conversación agradable. Allí, pues, sus ocurrencias de característica de teatro, pasaban por ocurrencias de buena ley. En la parte moral, la alcaldesa era estrás, si se me permite la frase; pero ¿el estrás no equivale á diamante para los salvajes?

Esta mujer se oía adular y divinizar (como divinizaban á su ama en otro tiempo), por las gentes de su sociedad, que encontraban en su casa una comida cada ocho días, y café y licores cuando llegaban á la hora de los postres, cosa que ocurría con bastante frecuencia. Ninguna cabeza de mujer hubiese podido resistir á la alegría de esta adulación continua. En invierno, aquel salón bien caldeado, bien alumbrado con bujías, era invadido por los vecinos más ricos, que pagaban con elogios los vinos exquisitos y los finos licores que provenían de la bodega de la querida dueña. Los concurrentes y sus mujeres, verdaderos usufructuarios de este lujo, economizaban de aquel modo leña y luz. De modo que, ¿sabéis lo que se decía en cinco leguas á la redonda, y hasta en la misma Ville-aux-Fayes?

—La señora Soudry sabe hacer á las mil maravillas los honores de la casa, se decían pasando revista á las notabilidades del distrito; tiene abiertos sus salones y se está admirablemente en su casa. ¡Sabe hacer los honores de su fortuna! ¡Tiene grandes ocurrencias! ¡Y qué hermosos cubiertos! Es una casa como no se encuentra igual más que en París.

Los cubiertos dados por Bouret á la señora Laguerre, unos magníficos cubiertos de plata del famoso Germain, habían sido robados por la Soudry. A la muerte de la señorita Laguerre los metió sencillamente en su cuarto, y no pudieron ser reclamados por los herederos, que no conocían las alhajas de su parienta.

Hacia ya algún tiempo que las doce ó quince personas que representaban la primera sociedad de Soulanges hablaban de la señora Soudry como de la amiga íntima de la señorita Laguerre, resistiéndose á pronunciar la palabra *camarera*, y afirmando que se había sacrificado por la cantante, haciéndose compañera inseparable de aquella gran actriz.

¡Cosa extraña y verdadera! todas estas ilusiones, que habían llegado á creerse realidades, penetraban hasta las regiones positivas del corazón de la señora Soudry, que reinaba tiránicamente sobre su marido.

El gendarme, obligado á amar á una mujer que le llevaba diez años y que manejaba las riendas de su fortuna, contribuía á imbuirle más las ideas que ella había acabado por concebir de su hermosura. Sin embargo, cuando hablaban de su dicha, el gendarme descaba á veces que estuviesen en su lugar; pues, para ocultar sus pecadillos, tomaba precauciones como si se tratase de una joven adorada, y hasta pocos días antes no había podido introducir en casa ninguna criada bonita.

El retrato de esta reina, un poco grotesco, pero del que se encuentran aún ejemplares de esta época en provincias, los unos con mayores ó menores pretensiones de nobles, y los otros imitando á la alta banca, y en prueba de esto tenemos á una viuda de un arrendatario general de Turena; este retrato, sacado del natural, quedaría incompleto sin los brillantes que formaban su marco, sin los principales cortesanos cuyo boceto es necesario, aunque sólo fuese para explicar lo muy temibles que son semejantes liliputienses, y cuáles son los órganos de la opinión pública en el interior de los pueblos. No hay que dudar, existen localidades que, semejantes á Soulanges, sin ser lugar, aldea, ni pueblo, participan de algo de la ciudad, de aldea y de lugar. Las fisonomías de los habitantes son muy distintas de las que se encuentran en el seno de los malos pueblachos de provincia; la vida del campo influye en sus costumbres, y esta

mezcla de tintes produce figuras verdaderamente originales.

Después de la señora Soudry, el personaje más importante era el notario Lupin, el encargado de los negocios de la casa Soulanges; pues es inútil hablar del viejo Gendrin-Wattebled, el guarda general, un nonagenario próximo á la tumba, y que, desde el advenimiento de la señora Soudry, permanecía en su casa; pero después de haber reinado en Soulanges como hombre que gozaba de su empleo desde el reinado de Luis XV, hablaba aun, en sus momentos lúcidos, de la jurisdicción de la Mesa de Marmol.

Aunque contaba cuarenta y cinco primaveras, Lupin, fresco y rosado, gracias á la gordura que satura inevitablemente á la gente de pluma, se las echaba aún de joven. De modo que conservaba el elegante traje de los pisaverdes. Parecía casi parisiense con sus botas cuidadosamente lustradas, sus chalecos amarillo de azufre, sus levitas ajustadas, sus ricas corbatas de seda y sus pantalones á la moda. Se hacía rizar los cabellos por el barbero de Soulanges, la gaceta del pueblo, y se mantenía en aquel estado de hombre de fortuna, á causa de sus relaciones con la señora Sarcus, la mujer de Sarcus el Rico, que, sin comparación, era en su vida lo que las campañas de Italia fueron para Napoleón. Era el único que iba á París, siendo recibido en casa de Soulanges. De modo que hubieseis adivinado la supremacía que ejercía en su calidad de fátuo y de juez en materia de elegancia, nada más que con oírle hablar. Daba su opinión sobre todas las cosas con una sola palabra con tres modificativos: la palabra artística *corteza*.

Un hombre, un mueble, una mujer, podían ser *corteza*; después en un grado superior de fealdad, *cortezón*; finalmente, para expresar el último término, el *caos*. Esto equivalía al *eso no existe* de los artistas, al último grado de desprecio. Cuando decía *corteza* era que podía pasar, *cortezón* no tenía arreglo; pero el *¡caos!* ¡oh! ¡valía más no haber salido de la nada! Para elogiar usaba la repetición de la palabra encantador... «¡Esto es encantador!» significaba la muestra más sencilla de su admiración. Si decía, «¡Encantador! ¡encantador!» podíais estar tranquilo. Pero, «¡Encantador! ¡encantador! ¡encantador!» era el *summum*, y equivalía al *non plus ultra* de la creación.

El tabelión, pues así se llamaba él mismo, escribano ó notario, procurando hacerse superior á su profesión, empe-

zaba por burlarse él mismo de ella; el tabelión se mantenía dentro de los términos de una galantería hablada con la señora alcaldesa, que sentía una gran debilidad por Lupin, á pesar de que era rubio y de que llevaba lentes. La Cochet no había amado nunca más que á los hombres morenos, con bigote y con vello sobre la falange de los dedos, en una palabra, los Alcides. Pero hacía una excepción con Lupin, á causa de su elegancia, y porque pensaba que su triunfo en Soulanges no sería completo si no tenía un adorador; pero, con gran desesperación de Soudry, los adoradores de la reina no se atrevían á dar á su admiración una forma adúltera.

La voz del tabelión era de barítono; daba á veces muestra de ella en los rincones ó la azotea, manera que empleaba para llamar la atención sobre su *talento ocurrente*, escollo contra el cual se estrellan todos los hombres de talento ocurrente, y hasta los de genio, ¡ay de mí!

Lupin se había casado con una heredera con zuecos y medias azules, la hija única de un comerciante de sal enriquecido durante la Revolución, época en que los matuteros hicieron enormes ganancias, á favor de la reacción que tuvo lugar contra todos los monopolios é impuestos. Dejaba prudentemente á su mujer en su casa, en donde Bebelles alimentaba una pasión platónica por un buen mozo, primer pasante de un notario y sin más fortuna que su sueldo, un tal Bonnac, que, en la segunda sociedad, desempeñaba el mismo papel que su amo en la primera.

La señora Lupin, mujer sin educación alguna, aparecía únicamente en los grandes días, bajo la forma de una enorme pipa de Borgoña, vestida de terciopelo y provista de una cabezita hundida entre unos hombros que no lo parecían. Por ningún procedimiento lograba mantener el círculo de la cintura en su sitio natural. Bebelles confesaba sencillamente que la prudencia le prohibía llevar corsé. Finalmente, la imaginación de un poeta ó, mejor dicho, la de un inventor, no hubiese encontrado en el dorso de Bebelles la seductora sinuosidad que producen las vértebras en el dorso de todas las mujeres que son mujeres.

Bebelles, redonda como una tortuga, pertenecía á las hembras invertebradas. Este espantoso desarrollo del tejido celular, sin duda tranquilizaba mucho á Lupin sobre la pasioncita de la gruesa Bebelles, á la que él llamaba descaradamente Bebelles, sin que hiciese reír á nadie.

—Y ¿qué es vuestra mujer? le preguntó Sarcus el Rico, que no pudo digerir un día la palabra el *caos*, dicha de un mueble de lance que él había comprado.

—Mi mujer no es como la vuestra, aun no está definida, le respondió.

Lupin ocultaba bajo su gruesa envoltura un espíritu sutil y había tomado la buena determinación de ocultar su fortuna, que era, por lo menos, tan considerable como la de Rigou.

El hijo del señor Lupin, Amaury, tenía aburrido á su padre. Este hijo único, uno de los Don Juanes del valle, se negaba á seguir la carrera paterna; abusaba de sus ventajas de hijo único haciendo enormes sangrías á la caja, sin agotar nunca la indulgencia de su padre, que decía á cada escapada: «Yo también he sido así». Amaury no iba nunca á casa de la señora Soudry, porque era una señora que le *reventaba*; pues, por un recuerdo de sus funciones de camarera, había intentado educar á este joven, á quien sus aficiones llevaban al billar del café de la Paz. Se frecuentaba con malas compañías de Soulanges, y hasta con los Bonnebault. Hacía mala vida, y respondía á las amonestaciones de su padre con este refrán perpetuo: «Enviadme á París, aquí me aburro».

Lupin acababa, ¡ay de mí! como todos los guapos, con una unión casi conyugal. La pasión conocida era la mujer del segundo alguacil del juzgado de paz, doña Eufemia Plis-soud, para la cual no tenía secretos. La bella señora Plis-soud, hija de Wattebled el abacero, reinaba en la segunda sociedad como la señora Soudry en la primera. Este Plis-soud, el desgraciado colega de Brunet, perteneció, pues, á la segunda sociedad de Soulanges; pues la conducta de su mujer, á la que él autorizaba, según se decía, le valía el desprecio de la primera.

Si Lupin era el músico de la primera sociedad, el señor Gourdon, el médico, era el sabio... Se decía de él: «Tenemos aquí un sabio de primer orden». Del mismo modo que la señora Soudry (que entendía algo á causa de haber introducido en la habitación de su dueña á Piccini y Gluck, y por haber vestido á la señorita Laguerre en la Ópera) persuadía á todo el mundo, hasta al mismo Lupin, de que éste hubiese hecho su fortuna con su voz, del mismo modo se mostraba pesarosa de que el médico no publicase ninguna de sus ideas.

El señor Gourdon se limitaba á repetir las ideas de Buffón y de Cuvier sobre el globo, lo cual difícilmente podía darle la reputación de sabio en Soulanges; pero hacia una colección de conchas y un herbario, y sabía disecar los pájaros. En una palabra, perseguía la gloria de legar un gabinete de historia natural al pueblo de Soulanges, y desde entonces pasaba en el concejo por un gran naturalista, por el sucesor de Buffón.

Este médico, parecido á un banquero genovés, pues era padante, de carácter frío, de limpieza puritana, aunque no tenía el dinero ni el espíritu calculador de aquél, mostraba, con una excesiva complacencia, este famoso gabinete, compuesto de un oso y de una marmota, que habían fallecido pasando por Soulanges, de todos los roedores del concejo, ratas, ratones, musarañas, etc... y de todos los pájaros curiosos matados en Borgoña, entre los cuales brillaba un águila de los Alpes, cogida en el Jura. Gourdon poseía una colección de lepidópteros, palabra que hacía esperar monstruosidades, y que hacía exclamar al verlos: «¡Pero si son mariposas!» Además, una colección de conchas fósiles que provenían de las colecciones de algunos de sus amigos, que le legaron sus conchas al morir, y, finalmente, todos los minerales de Borgoña y de Jura.

Estas riquezas, establecidas en armarios con cristales, cuyos cajones contenían una colección de insectos, ocupaban todo el primer piso de la casa Gourdon, y producían cierto efecto por la extravagancia de las etiquetas, por la magia de los colores y por la reunión de tantos objetos, á los que no se les hace caso alguno cuando se les encuentra en la naturaleza, y que se admiran bajo el cristal. Era preciso pedir día para ir á visitar el gabinete del señor Gourdon.

—Tengo quinientos ejemplares de ornitología, doscientos mamíferos, cinco mil insectos, tres mil conchas y setecientas muestras de mineralogía, decía á los curiosos.

—¡Qué paciencia habéis tenido! le decían las señoras.

—Es preciso hacer algo por su país, respondía.

Y daba un enorme interés á sus esqueletos con esta frase:

—He hecho testamento de todo esto en favor del pueblo.

¡Y cómo admiraban los visitantes su *filantropía*! Se hablaba de destinar todo el segundo piso de la alcaldía para la instalación del *Museum Gourdon*, después que el médico muriese.

—Espero que mis conciudadanos me lo agradecerán lo bastante para que lleve siquiera mi nombre, pues no me atrevo á esperar que hayan de poner mi busto en mármol, respondía cuando oía estos proyectos.

—¿Por qué no? ¡eso es lo menos que se podría hacer por vos! le contestaban; ¿no sois la gloria de Soulanges?

Y este hombre había acabado por considerarse como una de las celebridades de Borgoña; las rentas más sólidas no son las rentas del Estado, sino las que se basan en el amor propio. Este sabio, si hemos de emplear el sistema gramatical de Lupin, era ¡feliz! ¡feliz! ¡feliz!

Gourdon el escribano, hombrecito flaquito, cuyas facciones iban á terminar todas en torno del cuello, de modo que la nariz parecía ser el punto de partida de la frente, de las mejillas, de la boca, que se unían como las torrenteras de una montaña que nacen todas en la cima, tenía fama de ser uno de los grandes poetas de Borgoña, un Piron, según se decía. El doble mérito de los dos hermanos hacía decir á la gente de Soulanges:

—Tenemos en Soulanges á los dos hermanos Gourdon, dos hombres muy distinguidos, dos hombres que harían buen papel en París.

Gran jugador de boliche, la manía de jugar engendró en el escribano otra manía, la de cantar este juego, que hizo furor en el siglo XVIII. Por regla general, las manías de los mediócratas no se presentan solas. Gourdon el joven dió á luz su poema bajo el reinado de Napoleón. Decir esto, ¿no equivale á decir á qué sana y prudente escuela pertenecía? Lucio de Lancival, Parny, Saint-Lambert, Rouché, Vigée, Andrieux, Berchoux, eran sus héroes. Delille fué su Dios hasta el día en que la primera sociedad de Soulanges agitó la cuestión de saber si Gourdon era mejor que Delille, á quien desde entonces el escribano denominó siempre señor abate Delille, con una finura exagerada.

Los poemas dados á luz desde 1780 á 1814 estaban cortados por el mismo patrón, y el del boliche los explicará todos. Todos ellos dejaban ver algo del esfuerzo y del trabajo de elaboración llevado acabo para engendrarlos. *El Facistol*, es el Saturno de esta abortiva generación de poemas jocosos, todos de cuatro cantos poco más ó menos, pues, llegando hasta seis, se ve fácilmente que el asunto resultaría pesado.

Este poema de Gourdon, titulado *La Bilboqueida*, obedecía á la poética de esas obras departamentales, invariables en sus reglas; el primer canto contenía la descripción de la cosa cantada, debutando, como Gourdon, con una invocación del tenor siguiente:

Canto yo aquí y con placer difundo
ese fuego que siento á todo el mundo:
al sabio como al lerdo,
al loco igual que al cuerdo;
juego en que el hombre con destreza y mudo
lanza atento una bola contra un bolo agudo.
Juego de goces manantial inmenso,
remedio del que á penas es propenso,
y que envidia á Palamedes (x) daría
por ser como es venero de alegría.
¡Oh Musa del amor, del juego y la algazara,
desciende y mi saber con tu saber ampara;
ven á llenar de encanto...!

Después de haber definido el juego describe los juegos de boliche conocidos como más bonitos, y hace comprender el gran recurso que fué en otro tiempo para el establecimiento del *Mono Verde* y para otros varios; finalmente, después de haber demostrado que el juego obedecía á las leyes de la estática, Gourdon acababa su primer canto con esta conclusión, que os recordará la del primer canto de todos estos poemas:

De este modo las artes y las ciencias
convierten en objeto de cultura
lo que sólo sirvió de broma pura.

El segundo canto, destinado, como siempre, á describir la manera de servirse del *objeto*, el partido que se podía sacar de él con las mujeres y en el mundo, será adivinado por completo por los amigos de esta sabia literatura, gracias á esta cita que pinta al jugador jugando en presencia del *objeto amado*:

(x) Palamedes, uno de los jefes griegos que tomaron parte en el sitio de Troya, es reputado de ser el inventor del juego de ajedrez y de las pesas y medidas.

Mirad al jugador, ¡con cuánto anhelo
del globo de marfil acecha el vuelo,
y embebido en su mágica tarea
ni ve á la multitud que le rodea!
Tres veces ya lanzó al aire la esfera,
y, cuando el torpe solícito la espera,
y ficticios halagos le tributa,
el ciego disco sus cálculos refuta
y cae y hiere su mano con crudeza,
castigando su falta de destreza.
Mas él su dedo á consolar acude,
y aplicándole un beso lo sacude.
¡Ingrato! ¡no calmes tu dolor con tanta prisa,
cuando basta á pagarlo una sonrisa!

Esta descripción, digna de Virgilio, fué lo que dió origen á la cuestión de la preeminencia de Delille sobre Gourdon. La palabra *disco*, atacada por el positivo Brunet, dió materia para discusiones que duraron once meses; pero Gourdon el sabio, en una velada en que uno y otro bando estuvieron á punto de venir á las manos, aplastó al partido de los *antisquistas*, con esta observación:

—La luna, llamada disco por los poetas, es un globo.

—¿Qué sabéis vos? respondió Brunet. Nosotros no hemos visto nunca más que uno de sus lados.

El tercer canto encerraba el cuento obligado, la anécdota célebre que concernía al boliche. Esta anécdota todo el mundo la sabe de memoria; se le atribuye á un famoso ministro de Luis XVI; pero, según la fórmula consagrada en los *Debates* de 1810 á 1814, para alabar esta clase de trabajos públicos, daba nuevas gracias á la poesía y á las ocurrencias que el autor había sabido derramar en ella.

El cuarto canto, en que se resumía la obra, terminaba con esta atrevida idea, que permaneció inédita desde 1810 á 1814, pero que vió la luz en 1824, después de la muerte de Napoleón:

Cantar osé yo así en épocas de alarmas.
¡Ahl! ¡si jamás los reyes usasen otras armas,
y si para acallar del mal las desazones
no imaginase el hombre peores diversiones,
nuestro Borgoña, en breve, jovial reanudaría
los tiempos de Saturno que tanto ver ansía!

Estos hermosos versos fueron añadidos á la edición *Princeps*, única salida de las prensas de Bournier, impresor de la Ville-aux-Fayes.

Cien suscriptores, mediante la cantidad de tres francos, aseguraron á este poema una inmortalidad de peligroso ejemplo, y lo más gracioso de todo, es que estas cien personas lo habían oído con todos sus detalles cerca de cien veces.

La señora Soudry acababa de suprimir el boliche, que estaba sobre la consola del salón, y que, desde hacía siete años, era motivo de frecuentes citas; en una palabra, que llegó á comprender que le hacía competencia.

Respecto al autor, que se alababa de tener muchos trabajos en cartera, bastará para pintarle decir algunas de las palabras que él empleó para anunciar á uno de sus rivales en la primera sociedad de Soulanges:

—¿No sabéis lo que ocurre? había dicho dos años antes. ¡Hay otro poeta en Borgoña!... Sí, repuso viendo el asombro general pintado en todas las caras, es de Macón. Pero ¿á que no sabéis de qué se ocupa? Pone las nubes en verso... Es un barullo de todos los diablos, lagos, estrellas, ondas... Ni una sola imagen razonable, ni una intención didáctica; no conoce las fuentes de la poesía. Llama al ciclo por su nombre. Dice luna sencillamente, en lugar de llamarla *astro de la noche*. ¡Ahí tenéis hasta dónde puede llevar á un hombre el deseo de ser original! exclamó dolorosamente Gourdon. ¡Pobre joven! es lástima que siendo borgoñón dedique versos al agua! Si hubiese venido á consultarme, le hubiese indicado el asunto más hermoso del mundo, un poema sobre el vino, *La Baqueida*, para el cual me siento ya demasiado viejo.

Este gran poeta ignora aún el mejor de sus triunfos (aunque lo debiese á su calidad de borgoñón): haber ocupado la villa de Soulanges, que es desconocida de tal modo por la pléyade moderna, que ni siquiera saben su nombre.

Un centenar de Gourdon escribían bajo el Imperio, ¡y se acusa á este tiempo de haber descuidado las letras! Consultad el *Diario de la Librería*, y veréis allí poemas sobre la Torre, sobre el juego de Damas, sobre el Tric-trac, la Geografía, la Tipografía, la Comedia, etc., sin contar las obras maestras tan elogiadas de Delille sobre la Piedad, la Imagenación, la Conversación; y los de Berchoux sobre la Gastronomía, la Bailomanía, etc. Acaso dentro de cincuenta

años se burlen de los mil poemas parecidos á las Meditaciones, á las Orientales, etc. ¿Quién puede prever las mutaciones del gusto, las extravagancias de la fama y las transformaciones del espíritu humano? Las generaciones borran al pasar hasta el más pequeño vestigio de los ídolos que se encuentran á su paso, y se crean nuevos dioses que han de ser derribados á su vez.

Sarcus, hermoso ancianito, moreno y colorado, se ocupaba de Temis y Flora á la vez, es decir, de legislación y de un invernadero. Hacía ya doce años que meditaba un libro sobre la *Historia de la institución de los jueces de paz*, cuyo papel político y judicial había tenido ya varias fases, decía él, pues eran el todo para el código de brumario del año IV, y hoy esta institución, tan preciosa al país, había perdido su valor por falta de sueldos en armonía con la importancia de sus funciones, que debían de ser inamovibles. Reputado de tener talento, Sarcus había sido aceptado como el hombre político de este salón; ya comprenderéis que era el más cargante de todos. Se decía de él que hablaba como un libro; Gaubertin le prometía la cruz de la Legión de Honor; pero la aplazaba para el día en que, sucediendo á Lecrerq, fuese á sentarse en los bancos del centro de la izquierda.

A Guerbet, el maestro, hombrón inteligente, de cara grande, cabellos postizos y con pendientes de oro en las orejas, que chocaban sin cesar con el cuello de su camisa, le daba por la *frutología*. Orgulloso de poseer la huerta más hermosa del distrito, obtenía en ella frutas un mes antes que en París; cultivaba en sus invernaderos las plantas más tropicales, como las ananas, abridores lisos y guisantes. Llevaba con orgullo un gran plato de peras á la señora de Soudry, cuando costaban á dos reales la libra en París.

Finalmente, Soulanges poseía en el señor Vermut, el farmacéutico, un químico que era un poco más químico que Sarcus hombre de Estado, Lupin cantante, Gourdon el mayor sabio, y que su hermano poeta. Sin embargo, la primera sociedad del pueblo hacía poco caso de Vermut, y para la segunda, ni siquiera existía. El instinto de algunos les hacía ver, sin duda, una superioridad real en este meditador que no decía nada y que se sonreía de las necedades con un aire tan socarrón, que les hacía desconfiar de su ciencia, puesta *sotto voce* en tela de juicio; respecto á los

otros, ni siquiera se tomaban el trabajo de ocuparse de él.

Vermut era la víctima del salón de la señora Soudry. Ninguna sociedad sería completa sin una víctima, sin un ser á quien compadecer, de quien mofarse, á quien despreciar, ó á quien proteger. En primer lugar, Vermut, ocupado de los problemas científicos, llevaba la corbata deshecha, el chaleco desabrochado y una levita verde llena de manchas. En una palabra, se prestaba á la mofa con una figura tan rara, que el padre Guerbet decía que había acabado por ponerse la misma cara de sus parroquianos.

En provincias, en los lugares atrasados como Soulanges, gasta uno con los boticarios bromas parecidas á las de Pourceaugnac (1).

Este hombrequito, dotado de una paciencia de químico, *no podía gozar* (según la palabra de que se valían en provincias para expresar la abolición del poder doméstico) de la señora Vermut, mujer encantadora, alegre, gran jugadora (pues sabía perder dos pesetas sin inmutarse), que desacreditaba á su marido, que le perseguía con sus epigramas, y que decía que era un imbécil que no sabía destilar más que aburrimiento. La señora Vermut, una de esas mujeres que desempeñan en los pueblecitos el papel de incitadoras, era la portadora de toda la sal de la comarca, sal de cocina, es verdad, ¡pero qué sal! Se permitía bromas un poco pesadas, pero se las consentían; y decía con la mayor naturalidad al cura Taupin, hombre de setenta años y con cabellos blancos:

—Cállate, chiquillo.

El molinero de Soulanges, que contaba con más de cincuenta mil francos de renta, tenía una hija á quien Lupin había echado el ojo para Amaury desde que había perdido la esperanza de casarle con la señorita Gaubertin, y en la que el presidente Gaubertin pensaba para su hijo el registrador; resultando de aquí otro antagonismo.

Este molinero, un Sarcus Taupin, era el Nucingen del pueblo; pasaba por ser tres veces millonario y no quería entrar en ninguna combinación, ni pensaba en nada más que en vender trigo y en monopolizarle, recomendándose con una falta absoluta de educación y de buenas formas.

El padre Guerbet, hermano del administrador de correos de Conches, á más de su sueldo, poseía unos diez mil fran-

(1) Personaje ridículo de una comedia de Molière. (N. del T.)

cos de renta. Los Gourdon eran ricos: el médico se había casado con la hija única del anciano Gendrin Wattebled, inspector general de aguas y bosques, cuya muerte se esperaba, y el escribano se había casado con la sobrina y única heredera del abate Taupin, cura de Soulanges, gordo sacerdote retirado en su curato como el ratón en su madriguera.

Este hábil eclesiástico, muy adicto á la primera sociedad, bueno y complaciente con la segunda, y apostólico con los desgraciados, se había hecho querer en Soulanges; primo del molinero y primo de los Sarcus, pertenecía al país y á la mediocracia avonesa. Comía siempre fuera de casa, economizaba, iba á las bodas, y se retiraba antes que empezase el baile; no hablaba nunca de política y hacía públicas las necesidades del culto diciendo: «Es mi obligación». Le dejaban decir lo que quisiese, diciendo: «Tenemos un buen cura». El obispo, que conocía la gente de Soulanges, sin engañarse sobre el valor de este cura, se consideraba feliz con tener en semejante pueblo á un hombre que hacía que aceptasen la religión, que sabía arreglárselas para llenar la iglesia, y que predicaba á gente que se quedaba dormida.

Las dos damas Gourdon,—pues en Soulanges, como en Dresde y en algunas otras capitales alemanas, las gentes de la primera sociedad se saludan, diciendo: «¿Cómo está vuestra dama?» Se dice también: «No estaba con su dama, yo he visto á su dama y á su señorita, etc.» Un parisiense escandalizaría y sería reputado de muy mal tono, si dijese: «Las mujeres, esta mujer, etc.» En Soulanges, como en Génova, en Dresde y en Bruselas, no existen más que esposas; no se pone como en Bruselas, en los anuncios: *La esposa de Fulano*, sino que es de rigor decir: *Su señora esposa*;—las dos damas Gourdon, repito, sólo pueden compararse á esas infortunadas comparsas de los teatros secundarios, que tanto conocen los parisienses por haberse burlado muchas veces de estas *artistas*; y, para acabar de pintar á estas damas, bastará decir que pertenecen al género de las *buenas mujercitas*; los burgueses menos letrados encontrarán en torno suyo modelos de estas criaturas esenciales.

No hay para qué advertir que el padre Guerbet conocía perfectamente las cuestiones económicas, y que Soudry podía ser ministro de la Guerra. De modo que cada uno de estos buenos burgueses no sólo ofrecía una de esas especies

de afición tan necesarias al hombre de provincias para existir, sino que, además, cada uno de ellos la cultivaba sin rival en su campo y en pleno dominio de la vanidad.

Si Cuvier hubiese pasado allí sin decir su nombre, la primera sociedad de Soulanges se hubiese convencido de que no sabía nada en comparación con el médico. «Nourrit y su hermosa voz, decía el notario con una indulgencia protectora, apenas hubiesen parecido dignos de acompañar á este rui señor de Soulanges». Respecto al autor de la *Bilboqueida*, que se imprimía en este momento en casa de Bournier, nadie creía que pudiese encontrarse en París un poeta que le igualase, ¡pues Delille había muerto!

Esta burguesía de provincias, tan plenamente satisfecha de sí misma, podía competir con todas las superioridades sociales. La imaginación de aquellos que han vivido durante algún tiempo en un pueblecito de este género, son los únicos que pueden entrever el aire de profunda satisfacción que se dibujaba en los rostros de aquellas gentes que se creían el plexo solar de Francia, armados todos de una increíble astucia para el mal, y que, en su sabiduría, habían decretado que uno de los héroes de Essling era un cobarde, que la señora de Montcornet era una intrigante que tenía la espalda llena de granos, que el abate Brossette era un ambiciosillo, y que descubrieron, quince días después de la adjudicación de los Aiguës, el origen del general, llamado por ellos el Tapicero.

Si Rigou, Soudry y Gaubertín hubiesen habitado en la Ville-aux-Fayes, se hubiesen malquistado; sus pretensiones hubiesen chocado inevitablemente; pero la fatalidad quería que el Lúculo de Blangy sintiese la necesidad de su soledad para entregarse á la usura y á la lujuria; que la señora Soudry fuese bastante inteligente para comprender que no podía reinar más que en Soulanges, y que la Ville-aux-Fayes fuese el centro de los negocios de Gaubertín. Los aficionados á estudiar la naturaleza social, confesarán que el general Montcornet tenía pocas probabilidades de éxito peleando con enemigos separados y que efectuaban las evoluciones de su poder y de su vanidad á distancias que no les permitían contrariarse y que duplicaban su poder para hacer el mal.

Sin embargo, si todos estos dignos habitantes, orgullosos de su holgura, consideraban su sociedad como muy supe-

rior en diversiones á la de la Ville-aux-Fayes, y repetían con cómica importancia este dicho del valle: «Soulanges es un pueblo de placer y de sociedad», sería poco prudente pensar que la capital avonesa aceptase esa supremacía. El salón Gaubertin se burlaba, *in petto*, del salón Soudry. Por la manera como Gaubertin decía: «Nosotros somos un pueblo de comerciantes, un pueblo de negociantes, nosotros nos ocupamos de hacer fortuna», era fácil adivinar un ligero antagonismo entre la tierra y la luna. La luna se creía útil á la tierra, y la tierra regentaba á la luna. La tierra y la luna vivían, por otra parte, en la más estrecha inteligencia. En carnaval, la primera sociedad de Soulanges iba en masa á las cuatro bailes dados por Gaubertin, por Gendrin, por Leclercq y por Soudry joven, el procurador del rey. Todos los domingos, el procurador del rey, su mujer, y el señor, la señora y la señorita Gaubertin, iban á comer á casa de los Soudry en Soulanges. Cuando el subprefecto y el administrador de correos de Conches, señor Guerbet, eran invitados á comer sin ceremonias, Soulanges presenciaba el espectáculo de cuatro caballos detenidos á la puerta de la casa Soudry.

CAPÍTULO II

LOS CONSPIRADORES EN CASA DE LA REINA

Llegando allí á eso de las cinco y media, Rigou sabía que encontraría en su puesto á todos los concurrentes al salón Soudry. En casa del alcalde, como en todo el pueblo, comían á las tres, según la costumbre del siglo pasado. Desde las cinco hasta las nueve, los notables de Soulanges iban á cambiar impresiones, á hacer comentarios políticos, á charlar de los acontecimientos de la vida privada del valle y á hablar de los Aigues, que eran el objeto de la conversación durante una hora todos los días. La preocupación constante de todos era saber algo de lo que pasaba, cosa que lograban casi siempre, para tener de aquel modo algún pretexto para hacer la corte á los dueños de la casa.

Después de esta revista obligada, se ponían á jugar á la

brisca, único juego que sabía la reina. Cuando el grupo Guerbet había remedado á la señora Isaura, la mujer de Gaubertin, burlándose de su aire orgulloso, imitando su vocecita, su boquita y sus ademanes de jovencita; cuando el cura Taupin había contado alguna historieta de su repertorio; cuando Lupin había llevado la noticia de algún acontecimiento de la Ville-aux-Fayes, y cuando la señora Soudry había sido acribillada de nauseabundos cumplidos, se decía: «La partida de brisca ha sido hoy muy divertida».

Demasiado egoísta para tomarse el trabajo de andar doce kilómetros, al cabo de los cuales tenía que oír las necedades dichas por los concurrentes á aquella casa y ver á un mono disfrazado de vieja, Rigou, muy superior en talento é instrucción á aquella pequeña burguesía, no iba allí nunca á no ser que sus asuntos le llamasen á casa del notario. Disculpaba sus largas ausencias pretextando muchas ocupaciones, sus costumbres y su salud, que no le permitían ir de noche por un camino que el Thune hacía brumoso.

Por otra parte, este gran usurero seco se imponía mucho á la sociedad de la señora Soudry, que veía en él á ese tigre de garras de acero, aquella malicia de salvaje, aquella prudencia nacida en el claustro y madurada al sol del oro, cosas con las que Gaubertin no había nunca querido enemistarse.

Tan pronto como la calesa de mimbre y el caballo pasaron por delante del café de la Paz, Urbano, el criado de Soudry, que hablaba con el cafetero, sentado en un banco que estaba colocado bajo las ventanas del comedor, se puso la mano á modo de visera para ver bien de quién era aquel coche.

—¡Ahí está el padre Rigou!... Hay que abrir la puerta. Tenedle el caballo, Socquard, dijo sin cumplidos al cafetero.

Y Urbano, antiguo soldado de caballería que, no habiendo podido entrar en la gendarmería, había tomado el servicio de Soudry como retiro, entró en la casa para ir á abrir la puerta del patio.

Socquard, este personaje tan célebre en el valle, estaba allí, como veis, sin pretensiones; pero esto mismo ocurre con mucha gente ilustrada, que tiene la complacencia de andar, estornudar, dormir y comer enteramente lo mismo que los sencillos mortales.